

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXII

Enero-Febrero de 1945

Núms. 235-236

Puntos de vista

El drama de algunos escritores franceses

La guerra ha desencadenado en Francia un drama de trágica hondura. No tan solo el drama de una nación quebrantada por los horrores de la guerra misma, con sus muertes y sus humillaciones, sino esa otra guerra interna que se ha levantado en el proceso contra los intelectuales que han sido acusados por los tribunales especiales, de entendimiento con el enemigo. Todo hubiera podido pasar, menos esa colaboración de los hombres de la inteligencia. Contra ellos, hasta el pueblo que no suele entenderlos cuando están en la paz, se ha erguido con una amarga y dura sospecha. Y es que el intelectual, no obstante todas las incamprensiones de que es víctima, a pesar del desdén con que a veces se le mira actuar y a pesar de la desconfianza con que muchos le observan, es por encima de todo, la suprema expresión de un país. Contra él se esgrimen muchos dardos, justos o injustos. Contra él se lanzan las furias de una sociedad incapaz de comprender los sacrificios de un intelectual para llegar a ser lo que es. Durante las épocas de tranquilidad todo les es permitido y todo les es negado. Y sin embargo, en la hora crítica, en el instante en que la sospecha brota para acusarlos de una traición, o de una deslealtad, o de un crimen, todos se ponen de pie, aun los indiferentes, para mostrarlos a la venganza. . .

Francia soporta este drama, mil veces peor que otro cualquiera, porque es el drama de la inteligencia sometida a policía. No

es que justifiquemos los casos dolorosos y amargos que ocurrieron en Francia con determinados intelectuales. Decimos policía, porque justamente por la magnitud de la acusación, es monstruoso siquiera pensar en que hubo hombres de letras que pudieran entenderse con el enemigo secular, llevados por el odio, por la pasión política o por otras razones desconocidas.

No obstante, los tribunales han condenado a escritores que tenían gran nombre literario, a prosistas magníficos como Maurras y Beraud. El primero no transigió jamás con los gobiernos populares. Allí comenzó su tragedia. No transigió jamás con la República, menos aún con la República del pueblo. El monarquista turbulento, director de «La Acción Française», era todo menos un contemplativo en el orden político. Quería una Francia de corte, una Francia manejada por la tradición, no por la masa ignara. Su labor iracunda, violenta, dura e inmisericorde en los días en que aun el enemigo no asomaba su cabeza rapada y rapaz en la frontera, fué de las más espectaculares de la vida de Francia en los últimos años. Allí comenzó, según el tribunal, el entendimiento con los enemigos. Al pretender destruir la vida política de Francia, apuntando con incansable tenacidad sus fuegos contra los gobiernos de izquierda, debilitaba el frente interno y hacía posible la trizadura por la cual se volcó el torrente de los invasores. Meses más tarde, cumplida la humillación de Francia con la invasión nazi, reducida la República a un gobierno títere como era el de Vichy, Maurras continuó su labor tratando de convencer al resto de Francia de que sólo Vichy, colaboracionista y esclavo de Alemania nazi, era posible a la salvación de la República. Error incalificable, sólo aceptable en una mente ofuscada por el odio y la pasión política contra el pueblo, o contra los hombres que representaban al pueblo.

Jacques Maritain, en un libro célebre que se publicó meses después de la invasión, titulado «A travers le desastre», reveló en frases candentes, en capítulos quemantes de indignación, esta colaboración oculta de la Derecha francesa, este entendimiento tácito

y sospechoso con los invasores. La historia de este período aun no está discriminada y en ella seguramente existe un fondo de podredumbre que hará volver el rostro a los que lo conozcan, que hará estallar en indignación a los que la penetren. En los pueblos como en los hombres hay períodos o etapas purulentas que parecen inconcebibles, por su misma bajeza.

Beraud, otro de los sospechosos, escritor de calidad indiscutida, ha sido acusado de recibir dinero del enemigo. Su literatura era rica en hallazgos, rica en creación y en estilo. Pero el hombre había perdido el honor que Francia había depositado en él. No negó. ¿Podía negar sobre la documentación existente que le condenaba como a un traidor? Esto es lo penoso, lo amargo, lo cruel de esta complicidad de los intelectuales. Sobre ellos no puede recaer ni la más leve sospecha. Y sin embargo, son los más calificados, los que han ensombrecido la dignidad del hombre de letras. Por esto es por lo que el pueblo, con su seguro instinto, se ha levantado también contra ellos para acusarlos. Los indiferentes también se han levantado. En la paz se puede ignorar las virtudes de un intelectual, se puede no tener confianza en él por otras razones, pero en lo más oculto de cada ser hay como una fuerza que vigila y se complace en saber que él representa lo mejor de una raza, la flor y el espíritu, y que él algún día hará por la patria los mayores sacrificios y su pluma vibrante hará levantarse las piedras para defender a la patria.

Este drama profundo agita ahora las conciencias de la Francia liberada. Es también el drama de todos los pueblos que estuvieron sometidos al invasor o fueron colaboradores del invasor en los días mortales que ha vivido y aun vive Europa. Debemos recoger la lección, como un hecho trágico. El intelectual tiene una posición justa, un destino insobornable. Si lo traiciona, traiciona los principios eternos, los únicos que hacen vivir en plenitud a un intelectual. Es decir, en él vive la luz de la razón, superior a la razón de los otros. Vive la fuerza del honor, superior al honor

*de los otros, porque es el honor fortalecido a través de la inteligencia y de la comprensión, a través de los sacrificios duros del aprendizaje, a través del sufrimiento soportado en largas vigili-
as, en largos desvelos, para dar la síntesis, o la luz, o el aroma perfecto de las cosas que no todos comprenden ni todos pueden traspasar a través de su sensibilidad fina y fuerte, para regalo o para lección de los que le escuchan o le leen.*